

La vida de un emigrante soriano español

Tomás de la Merced

MI INFANCIA SON RECUERDOS DE UN PUEBLO DE CASTILLA

Nacido el 29 de diciembre de 1919 en Arévalo de la Sierra, provincia de Soria. Este pequeño pueblo queda a pocos kilómetros de la heroica Numancia, próxima al río Duero. Esos numantinos, que no quisieron doblegarse y menos entregarse a los romanos, prefiriendo morir luchando.

Cuando contaba con cinco años, falleció mi padre. Éramos cinco hermanos: tres mujeres y dos varones. Mi hermano Antonio era el mayor, tenía 14 años, seguido de los más pequeños, con Valentina, que es la única que me queda, tenía tres años.

Mi madre se llamaba María, y mi padre Feliciano. Mis padres eran muy jóvenes, y mi madre, al quedar viuda, tuvo que trabajar duro y hacer aquello que antes hacía mi padre. Se sacrificó mucho para poder criarnos y sacar la casa adelante.

Había deudas, puesto que habían comprado algunas fincas. Mi madre era muy derecha y puntual para pagar; creo que yo heredé bastante de ella.

En el último negocio que trabajé tenía un empleado en un escritorio y se llamaba Pepe: solía decirme: “Tomás, Ud. tiene un defecto, y es que le gusta pagar las cuentas lo más rápido posible”.

Mi niñez fue bastante dura: a los nueve años empecé a trabajar de pastor cuidando un rebaño de ovejas. El asunto era colaborar para ayudar a pagar las cuentas. Los inviernos eran muy duros por el frío que hace en esa sierra de Soria, y a veces con mucha nieve. A los diez años me contrataron también de pastor en Cuéllar; este pueblo queda a varios kms. del mío. El rebaño era bastante grande, que pertenecía a varios dueños. Los primeros meses no fueron nada fáciles, pues tuve que adaptarme a vivir fuera de la familia con

gente desconocida para mí. No solamente adaptarme a los patronos, al pueblo, a las costumbres y a la falta de cariño de mi madre y de mis hermanos. En ese pueblo estuve 7 años. Los patronos me querían como si fuera su hijo, y yo me acostumbré a vivir contento. Durante todo el año teníamos dos días libres: uno era el 20 de julio, día de los pastores. Ese día se renovaban los contratos para seguir con los mismos patronos o buscar nuevos. El otro día era San Miguel, el 29 de septiembre, que eran las fiestas del pueblo. El día de San Pedro yo aprovechaba para venir a ver a mi madre y a mis hermanos. Recuerdo que atravesaba montañas para hacer el camino más corto. Venía caminando, siempre corriendo, y llegaba a casa todo transpirado, pero no sentía el cansancio. Me emocionaba mucho con los abrazos de mi madre, y siempre me preguntaba si estaba contento con los patronos y si se portaban bien conmigo.

A mí me gustaban las ovejas, ya que los primeros años de mi niñez y juventud me crié entre ellas. Muchas veces pensaba para mis adentros que cuando fuera grande compraría un rebaño para mí. Las ovejas son muy bravas y muy tercas; donde va una quieren ir todas, tanto para lo bueno como para lo malo. Pero con buena educación tú consigues dominarlas. Yo las conocía muy bien, por el mucho tiempo que llevaba cuidándolas. A muchas las había bautizado, y cada una tenía su nombre. Yo las llamaba y siempre me contestaban con su balido. Ellas también me conocían a la perfección, ya que a muchas las vi nacer y crecer y hacerse ovejas adultas. Me seguían a todas partes. Yo siempre procuraba llevarlas por donde mejores pastos había. Las ovejas son más obedientes que ciertas personas si las educas bien. Ellas te corresponden bien. Siempre hay algunas¹ con algún comportamiento nada bueno, pero con un silbido o una voz siempre solían obedecer, de lo contrario merecían su castigo.

Tengo que puntualizar que durante los seis meses que permanecí en el cuartel¹, la comida era excelente: en todas las comidas había vino. Los domingos, después de comer, buen café y puro para los que fumaban. Después de terminada la guerra, volví al mismo cuartel. El asunto de la comida había cambiado completamente. Esto yo lo explicaré en su momento.

NOS EMBARCAMOS A ESPAÑA DESDE CEUTA

Bueno, llegó la hora de embarcamos para España, sin saber a qué frente nos destinarían. La despedida del cuartel fue muy emocionante después de un gran banquete, acompañado de los correspondientes brindis y algunas buenas arengas por parte de los jefes, tales como: “Soldados valientes, no

¹ El autor pasa a estar en la “mili” sin contar nada previamente (N.E.).

dudamos que vais a dejar bien puesto el honor el Batallón de Transmisiones de Marruecos”.

Nos embarcamos de noche en unos barcos viejos, en total unos 150 mil hombres. Tuvimos que esperar varias horas bastante alejados del puerto, con las luces apagadas por temor a ser bombardeados por las fuerzas republicanas. Al día siguiente desembarcamos en Cádiz. Fue un recibimiento muy emotivo. A nuestro paso por las calles nos vitoreaban y tiraban claveles, y nos obsequiaban con bebidas, puesto que hacía bastante calor.

FRENTE DE BATALLA EN LOS QUE PARTICIPÉ COMO RADIO TELEGRAFISTA

Primer frente: Extremadura. Nos llevaron a Trujillo, Cáceres, un pueblo muy bonito, muy histórico. Nos alojaron en un teatro. Desde allí contemplábamos la estatua de Pizarro, conquistador del Perú. Conocí la casa donde nació ese gran conquistador. La estadía en Trujillo fue tranquila, pues el frente estaba bastante retirado. Después de un par de meses, a mi equipo nos mandaron al frente, a las trincheras en plena montaña. Todas las noches nos comunicábamos con nuestro capitán, reportándole todas las novedades del frente. Éramos tres telegrafistas, el cabo y dos soldados. Teníamos un aparato con el que se podía transmitir durante el día y la noche transmisión oculta. Solamente podía verlo el que recibía el mensaje; todos los mensajes eran por clave. En el monte construyeron chabolas para pernoctar. Había muchas ratas que nos comían los calcetines, y de noche, si te descuidabas estando dormido, te tiraban de los pelos. El frente era muy tranquilo, y cada dos meses había relevo. Otra vez para Trujillo. Aquello era lindo; varios de los compañeros hasta se fueron con chicas de ese lugar. Pasamos unas Navidades en ese famoso Trujillo que por cierto lo pasamos lindo. El capitán que mandaba la compañía se preocupaba mucho por sus soldados, particularmente por la comida, por la ropa y el calzado.

En la compañía había un soldado “mariquita”, entonces el capitán mandó comprar 50 puros. Este “mariquita” los cuidaba. Recuerdo que un día apareció por la avenida principal de Trujillo, desfilando con los 50 puros detrás de él. Aquello fue un gran acontecimiento: aplausos, felicitaciones al mariquita, al capitán y a toda la compañía. Esos 50 puros fueron sacrificados, con los que pasamos una noche buena bárbara.

De la noche a la mañana viene la orden urgente y nos llevaron al frente de Guadalajara; allí las papas quemaban. A los italianos les dijeron: “A la bayoneta” y entendieron a la camioneta... salieron corriendo a la retaguardia.

Nuestra División 152 tuvo que pelear duro, y hubo bastantes bajas. A nuestra compañía le tocó un pueblo que se llamaba Sotodosos, y allí estuvimos sitiados varios días.

Nosotros, teníamos la central telefónica en el centro del pueblo. Uno de los días bravos en batalla, un cañonazo pegó en el poste donde estaban todas las líneas y nos dejó incomunicados con el cuartel general. Con la primera bandera de la Legión con la que varios moros, ahogados según los comentarios, se emborrachaban y caían en los depósitos de vino.

Después la división se puso en marcha, y estuvimos dos días caminando. Recuerdo alguno de los pueblos y otros que ahora no recuerdo. El asunto es que después de llegar a un punto determinado, se reciben nuevas órdenes y otros dos días caminando. Nos mandaron a otras posiciones dentro del mismo frente. No hay que olvidarse que en este frente del Ebro fue donde se ventiló la guerra”.

Corría el mes de setiembre para conquistar la Sierra Caval y la Sierra Pandol.

A las siete de la mañana llegaban los “pavos”, nombre que se le daban a los aviones de combate. Bombardearon muchas horas, unos venían y descargaban y otros seguían haciendo lo mismo. Total, se calculaban unos 300 a los mismos objetivos. Había 500 baterías disparando sin parar. Aquellas montañas estaban en llamas, y a pesar de todo eso no era fácil de avanzar: esto duró varios días.

Uno de esos días, a mi equipo, que en total éramos cinco, teníamos la estación de radio y teléfono en un pequeño búnquer protegido por bolsas llenas de tierra. Nos mandaron un cañonazo, y todo quedó destruido. De cinco sólo quedamos dos: el asturiano valiente y el que suscribe, que a mis 86 años puedo contado. En aquel entonces solamente tenía 17 años.

Esta historia que estoy narrando no es nada ficción, fue pura verdad. Este mes de junio, en el canal 79 de TVE, los jueves a las 23 horas de Uruguay están dando un programa titulado “Laberinto Español”. En ese programa hay buenos historiadores que explican los sucesos ocurridos en la guerra española, tanto de un bando como del otro.

Una noche, yo estaba mirando el programa cuando aparece el frente del Ebro allí explicaban lo mismo que yo estoy narrando: lo de los aviones y lo de las 500 baterías. Seguramente algún otro español haya visto el mismo programa y que también podrá certificar.

FRENTE DE VALENCIA Y FIN DE LA GUERRA

Dejamos el infierno y nos trasladan al frente de Levante, Valencia. A nosotros nos trasladaron a Liria, un pueblo muy bonito, y nos alojan en un

cine. Al poco tiempo, y pasados unos pocos días, otro traslado a Paviás, un pueblo muy pequeño abandonado por sus vecinos, con todas las casas cerradas. Nos encontramos en el frente cerca de primera línea. En ese pueblo solamente estaba una sección de sanidad, y nuestro equipo de transmisiones. A los pocos días se fueron los de sanidad, y el teniente que mandaba sanidad me dijo: “De la Merced, queda el alcalde del pueblo”. En ese mismo pueblo de Paviás nos enteramos por radio que la guerra se había terminado. Fue la mejor noticia.

NI UN SOLO TIRO

Seguramente, los que leen estas historias vividas por mí, no creerán que yo, durante toda la guerra, no disparé ni un solo tiro. Primeramente, llevábamos un fusil y después nos lo sacaron, ya que para nosotros era muy molesto por el transporte de nuestro equipo que pesaba bastante. Después nos dieron una pistola, esa arma era más práctica. Gracias a Dios nunca tuve que emplearla por lo que tengo mi conciencia tranquila, ya que no maté a nadie, cosa que me alegra mucho.

DESFILE DE LA VICTORIA EN VALENCIA

Después nos mandaron a Valencia, y me tocó hacer el desfile de la Victoria. Antes de desfilas, mucha revista de equipo, uniforme y práctica. Esto fue bastante pesado. El desfile fue por las calles principales de Valencia, muy emocionante. Como que fue el capitán de mi compañía durante los 24 meses que estuve en la Guerra. Después de saludarle militarmente me dio un abrazo, y los dos nos emocionamos mucho. Recuerdo lo primero que me dijo: “de la Merced, si quiere puede venir de ordenanza conmigo y todo lo que pueda hacer por Ud., para mí será una gran alegría”.

“Mi capitán, se lo agradezco mucho; estoy a las órdenes del teniente del Toro y mi trabajo es distribuir la correspondencia del Batallón y ayudar en la oficina”.

A todo esto, también cruzaba el teniente del Toro y observó todo el espectáculo. El capitán Fernández llama al teniente del Toro y le dice: “Ya sé que este soldado está con Ud.; le ruego encarecidamente tenga mucha consideración con él que bien se lo merece. En todos los frentes, cuando las papas quemaban y había ‘que salir a jugarse la vida, siempre cumplió como un buen soldado”.

Me hizo recordar Guadalajara y el frente del Ebro. Desde ese momento todo cambió para mejorar. Después el teniente ascendió a capitán y le destina-

ron a Algeciras. Un día me invitó a comer a su casa, me dio la nueva dirección y se me ofreció para cualquier cosa que se me ofreciese y olvidarme todos los contratiempos.

Al poco tiempo me licencié y regresé a mi pueblo. Estuve unos cuantos meses haciendo los trabajos del campo. Algunas quintas de soldados, que tenían que haberlos licenciado, el gobierno no lo hizo, inclusive a mi quinta, que nos volvieron a llamar de nuevo por asuntos de los maquis, que estaban en Francia y esperaban invadir España.

¡GUARDIA CIVIL!

Yo pensé que me tocaba otra vez marcar el caqui. En esos días anunciaban unas vacantes para guardias civiles de costas y fronteras. Nunca pensé ser guardia civil. Se me presentaban dos caminos; pero decidí solicitar. Me llamaron, aprobé el examen y a los pocos meses me aceptaron. Me incorporé en Cádiz; la academia estaba en San Fernando y allí estuve varios meses, hasta que nos dieron el alta por casualidad, y sin pensar ya era guardia civil.

Mi primer puesto fue Santipetri², un pueblo muy pequeño donde funcionaba una fábrica de conservas de atún. En tiempos de zafra había mucha gente, y en invierno no quedaba nadie. Allí me repitió otra vez el famoso paludismo; había que tomar bastante quinina. Nuestro servicio era en las playas. El invierno era muy difícil por la gran humedad, y nos atacaba mucho el reuma, así que yo pedí el traslado para Navarra. A los pocos meses me concedieron el traslado, y me mandaron a Espinal, un pueblo cerca de la frontera con Francia, muy próximo a Burguete, pueblo de mucho veraneante. Nuestro servicio era en los montes vigilando la frontera. Allí no estuve mucho tiempo.

GUARDIA ESPECIALISTA DE ADUANAS Y FRONTERAS EN NAVARRA

Estando en Espinal, salieron unas vacantes para guardias especialistas en aduanas y también me presenté. El teniente que me examinó era de Soria, y me dijo que si me tocaba en la aduana principal de Navarra que está en Dancharinea, “espero que te guste, pues es muy tranquilo, ya que el puesto internacional está cerrado”. Efectivamente, me mandaron a este pueblo. Yo en aquel entonces tenía 24 años, y lo mejor de mi juventud lo pasé ahí. Mi felicidad duró 7 años, pues el servicio era muy tranquilo. Teníamos buenas relaciones con los gendarmes franceses.

² Se refiere a Santipetri, Cádiz (N.E.).

A los pocos meses Alemania ocupó Francia³, y llegaron los soldados alemanes a ocupar el puesto de la policía francesa. También con los alemanes teníamos buenas relaciones. Durante esos siete años no faltaron novias ni amigas. Yo de noche pasaba la frontera para hacer algunas visitas, pero antes del amanecer tenía que volver. Una vez me vi en serios apuros, pues los alemanes que vigilaban la frontera tenían perros policías, y una noche, cuando yo regresaba, apareció una patrulla alemana y con uno de ellos permanecí hasta que toda la documentación estuviera en regla. Y como todo llega en este mundo, también llegó la hora de abandonar la patria por la que tanto había luchado.

Tuvimos que marchar a Francia y embarcamos en el puerto de Le Havre. El grupo estaba compuesto de 65 personas. Había de todo un poco: varios matrimonios, algunos recién casados y varios solteros, entre ellos el que suscribe.

La despedida de Elizondo también fue muy triste. El día que me despedí de aquella joven, que me había cautivado y que estaba muy enamorado de ella, a mí me pareció que me quedaba yo más triste que ella. Yo me preguntaba: “¿Será verdad que me quiere?”. En ese aspecto estaba muy equivocado, por lo que me demostró después.

EL VIAJE HACIA AMÉRICA

El viaje fue bastante largo, pues tardamos 40 días en llegar. Viajábamos en el barco Tacoma, que en aquel entonces era un barco mixto. Nuestro largo viaje fue debido a que tuvimos que pasar por Canadá a buscar un cargamento de papas para siembra. Allá permanecemos una semana, donde existía la ley seca, pero el contrabando no faltaba como las bebidas alcohólicas. Había grandes nevadas y un frío que pelaba. La gente vivía a todo confort. Recuerdo que un domingo fuimos a misa y la iglesia estaba toda calefaccionada, cosa que nos sorprendió.

¡DESTINO URUGUAY!

Uno de los compañeros que era del valle de Ulzama, había sido estudiante de cura y recuerdo que me decía: Tomás, nosotros vamos a mandar negros. Nos tocó marchar juntos para el departamento de Florida, en Reboledo y en la estación nos estaba esperando el capataz del tambo, un negrito brasileño, que por cierto era todo un caballero. “¿No decías tú que nosotros mandaríamos

³ El autor confunde fechas, Alemania ocupa Francia en 1941, y, según cuenta es en el año 1943 (N.E.).

mos negros?”, así le dije a mi compañero Ciganda, que así se llamaba: “Ahí tienes al negrito que nos mandará a nosotros”.

PRIMEROS TRABAJOS

A Ciganda, lo primero que le mandó fue hacer zanjas para instalar el agua corriente. Me decía: “Tomás, me estoy haciendo la fosa”. Yo me reía. A mí me mandaron ordeñar vacas y no sacaba leche ni para el desayuno. Una vez, una vaca me tiró tal patada que fui despedido a media cuadra. La leche no se cayó, porque no había conseguido sacar nada.

El negrito conmigo se portó muy bien, siempre procuraba buscarme alguna vaca mansa. Cuando vio que yo no era para ese trabajo, me cambió de oficio y me encomendó el trabajo que consistía en llevar con un carro la leche que se sacaba en el campo hasta la estación de ferrocarril y mandada a Montevideo a la cooperativa de Conaprole. Uno de los días que estaba preparando todo el equipo para el caballo, que por cierto, era mi cumpleaños, al pasar por debajo de la cabeza del caballo me pegó un mordisco que todavía me está doliendo. Primero pensé que sería alguna caricia, ya que era mi cumpleaños.

El capataz siempre me preguntaba: “¿Sr. De la Merced, cómo le fue hoy?”. La cosa marchaba bastante bien, y yo me sentía ya medio vaqueano. Un día, antes de llegar a la estación de ferrocarril, de repente, al carro se le salió una rueda; yo salí con el caballo por delante y los tarros de leche cayeron al suelo. La mitad de la leche se perdió. Arreglé el carro como pude y la leche que se salvó la mandé por ferrocarril como de costumbre. Cuando regresé, el negrito me preguntó cómo había sido el viaje. Yo estaba preocupado de contar todo lo sucedido; él le restó importancia y me dijo que no me preocupara, que no era la primera vez que ocurría. Yo le pedí que lo arreglara bien, él conocía a varios paperos de cuando tenía el almacén y también conocía el mercado modelo y el agrícola eso me ayudó bastante.

Un día le dije a mi socio Jesús que uno de los dos sobraba, pero que yo no tenía motivos para marcharme, y decidió irse para España. Después vino a trabajar de socio Antonio Guelvenzu, que había venido conmigo al Uruguay. Un vasco, un catalán y un castellano. Cada uno tenía su misión dentro de la fábrica: Armando se encargaba de la contabilidad, Antonio, que no quería saber nada de compras ni atender a la gente, le gustaba trabajar y vigilar, y el que suscribe encargado de las compras para la fábrica. Hay un refrán muy verdulero que dice: “el negocio está en la compra”. Los tres trabajamos como fieras.

¡VIDA DE MUCHO TRABAJO!

Fueron pasando los años, y el local nos quedaba chico. Los dos socios me encomendaron solucionar ese problema y que me preocupara yo de buscar nuevo local. En el barro de la Unión encontré dos: uno en Justo Maeso y el otro en Gobernador Viana. El primero me gustaba mucho, era una carpintería que reunía todas las condiciones que nosotros precisábamos. Hablé con los dueños, que eran judíos, y me dieron un precio que me parecía caro. Les dije a mis socios que iba a pelear hasta rebajar el precio y se echaron a reír, suponiendo que los judíos son bravos para la plata. Llegamos a un acuerdo y el negocio se hizo. Tuvimos que hacer reformas bastante grandes en el local, que llegaba a tener unos 500 metros cuadrados, y una vez todo instalado y autorizado, nos mudamos a nuestro nuevo local.

Ahora trabajábamos con mucha más comodidad, coincidiendo con los años de las vacas gordas. En aquellos años no se importaban productos que nos hicieran competencia. En esos años empezaron a aparecer los supermercados. La fábrica trabajaba sábados y domingos, y cualquier día festivo. Cuando llegaban las fiestas navideñas nos volvíamos locos: la plantilla en esos meses era de unos 20 empleados, y se trabajaba hasta la una de la noche. Después se volvía a la normalidad y bajaba la cantidad de empleados.

A los pocos años, Armando Merced falleció, cosa que lamentamos mucho. Yo le compré su parte del negocio, puesto que Antonio no quiso comprarlo solo ni a medias. Arreglé todo con la viuda y todo se solucionó así. Pero también tuve que hacerme cargo del trabajo que hacía Armando, cosa que para mí no era nada fácil. Me puse en contacto con un catalán que trabajaba en la Candelaria, en una fábrica de productos lácteos, y como mi oferta era mejor, a los pocos días ya estaba trabajando con nosotros. Hasta que vendimos el negocio de papas fritas KW Al: ése era el nombre de la firma.

Yo trabajé hasta los 72 años, y mi primer viaje lo hice cuando habían transcurrido 15 años desde mi salida de España. Después hice otros más seguidos. Tras fallecer Armando, tardé 20 años en visitar España, pues para viajar precisaba por lo menos dos meses, cosa que no era posible porque no debía faltar al negocio.

VIAJES POR PAÍSES AMERICANOS

Y todo no va a ser trabajar, hay que disfrutar un poco, así que durante estos 20 años, en compañía de mi señora, conocimos y recorrimos algunos países de nuestra América, como Brasil, Méjico, Perú, Bolivia, Argentina, Chile con buenos vinos y buenos mariscos, Paraguay, Colombia.

¡Cuántas alternativas tiene la vida!, los dos patrones que tuve cuando trabajaba en el bar, los dos, ¡vinieron a pedirme trabajo!